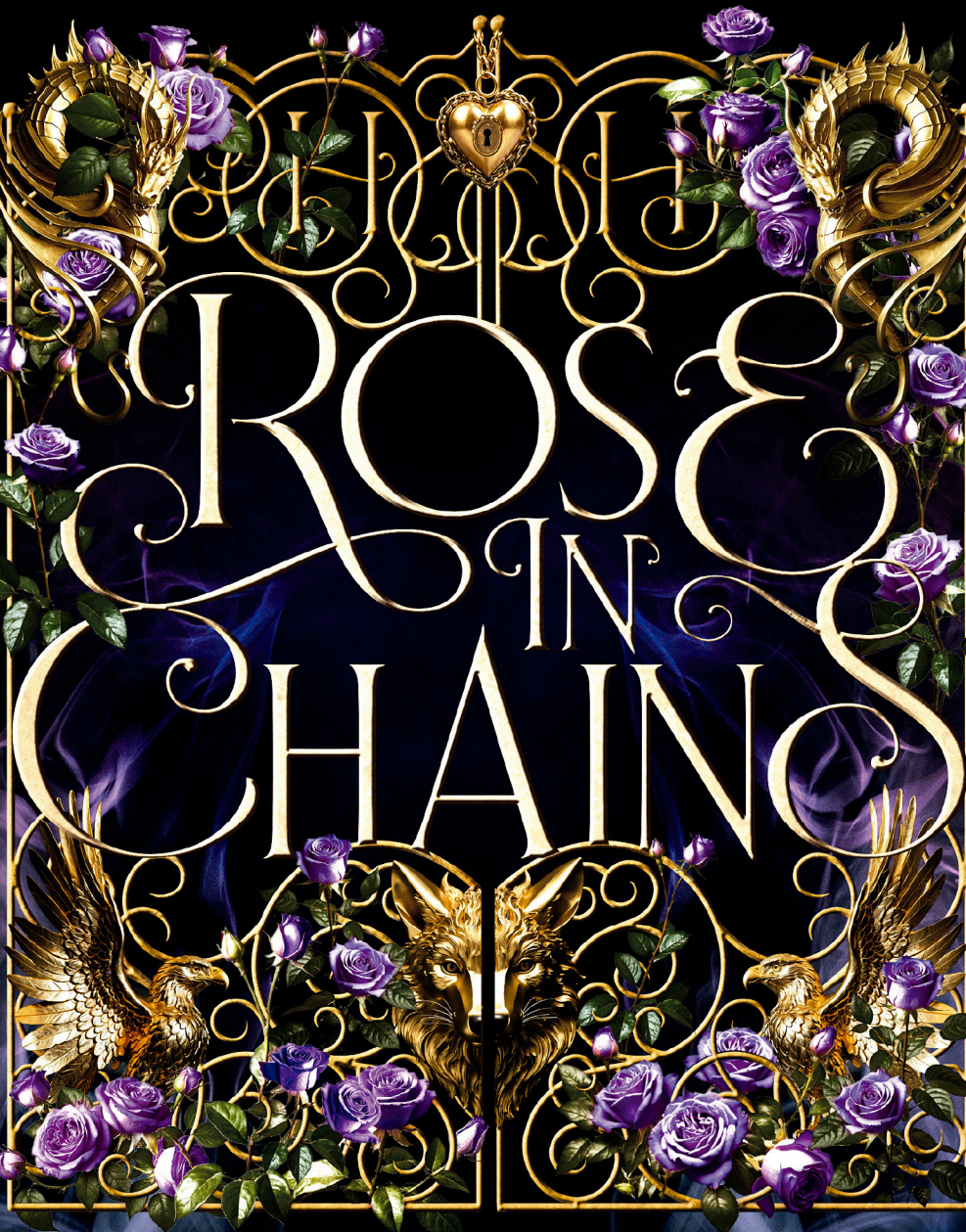


JULIE SOTO



CROSS
BOOKS

ÉL ES SU MAYOR ENEMIGO...
Y SU DESEO MÁS PROHIBIDO

JULIE SOTO

ROSE
IN
CHAINS

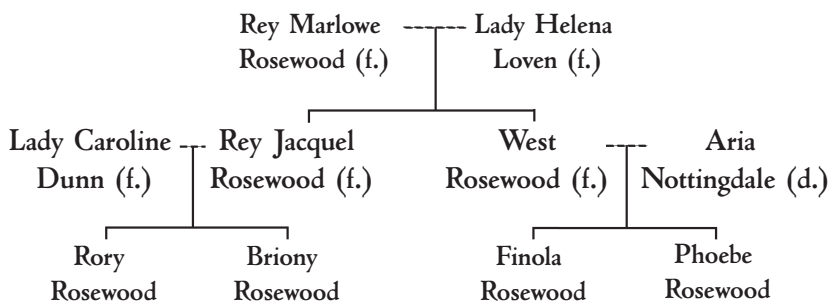
CROSS
BOOKS

Advertencia de contenido

Este libro contiene escenas sexuales explícitas, sangre, violencia y agresiones sexuales. Se hace referencia a sexo no consentido, y la compraventa de seres humanos es uno de los temas principales de *Rose in chains*. La esterilización forzada, la muerte de personajes secundarios y la tortura también están presentes en la historia. Para una lista más detallada de advertencias de contenido, por favor visita <www.juliesotowrites.com>.

EVERMORE

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA ROSEWOOD



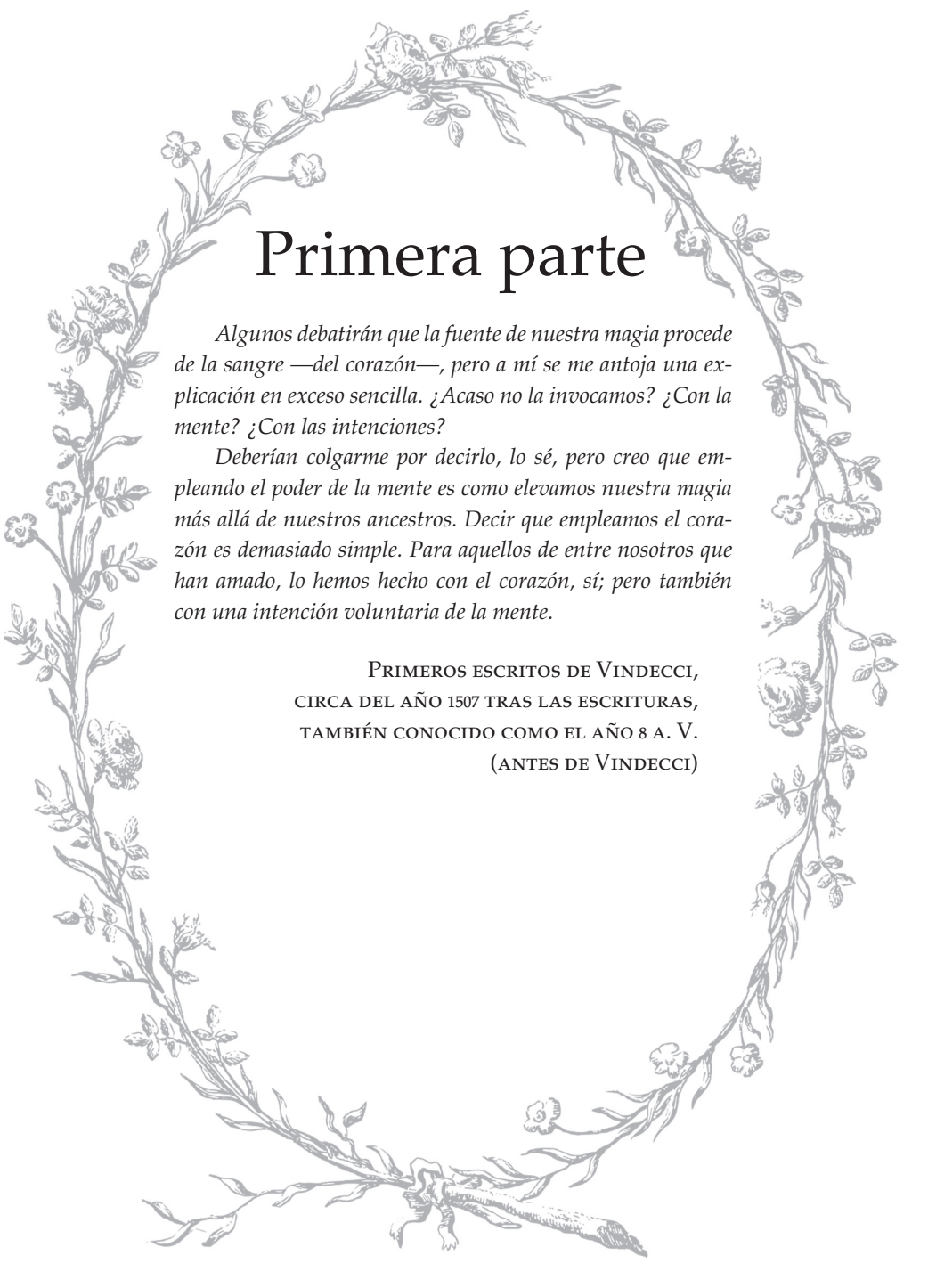
BOMARD

EL SILLÓN DE BOMARD - VERONIKA MALLOW

LÍNEA DE ASCENSO AL SILLÓN

- 1.º - Riann Cohle
- 2.º - Aron Carvin
- 3.^a - Genevieve Trow
- 4.º - Hap Gains
- 5.^a - Moira Locklin
- 6.º - Caspar Quill
- 7.^a - Alba Twindle
- 8.º - Orion Hearst
- 9.^a - Florence Kleve
- 10.º - Cal Gidrey

- sucesor: Del Burkin
 sucesora: Lucille Piken
 sucesor: Canning Trow
 sucesor: Stance Green
 sucesor: Rowan Locklin
 sucesor: Liam Quill
 sucesor: Collin Twindle
 sucesor: Toven Hearst
 sucesor: Ryden Kleve
 sucesora: Evelyn Gidrey



Primera parte

Algunos debatirán que la fuente de nuestra magia procede de la sangre —del corazón—, pero a mí se me antoja una explicación en exceso sencilla. ¿Acaso no la invocamos? ¿Con la mente? ¿Con las intenciones?

Deberían colgarme por decirlo, lo sé, pero creo que empleando el poder de la mente es como elevamos nuestra magia más allá de nuestros ancestros. Decir que empleamos el corazón es demasiado simple. Para aquellos de entre nosotros que han amado, lo hemos hecho con el corazón, sí; pero también con una intención voluntaria de la mente.

PRIMEROS ESCRITOS DE VINDECCI,
CIRCA DEL AÑO 1507 TRAS LAS ESCRITURAS,
TAMBIÉN CONOCIDO COMO EL AÑO 8 A. V.
(ANTES DE VINDECCI)



A Briony le pareció extraño no sentir la muerte de su hermano. El crujido de la barrera protectora evaporándose le vibró en las costillas, y notó la roca bajo los dedos al agarrarse con fuerza al alféizar y mirar lo que quedaba del país de Evermore; pero no sintió nada en el alma cuando Rory murió.

Como su melliza, había tirado del hilo que corría entre ellos muchas veces: cuando estaba herido, cuando necesitaba ayuda. Briony buscó ese hilo, tratando de encontrar la vena de magia reservada solo para Rory en su pecho. Pero solo obtuvo un silencio oscuro como respuesta. Pensó en que tampoco tuvo ninguna premonición cuando cayó su padre hace cuatro años, y su madre ya había muerto cuando le sacaron a Briony.

Pero cuando se levantó el polvo como una nube en una tarde de verano a menos de un kilómetro, y la calma que las había rodeado a ella y a Cordelia se derrumbó en un caos estrepitoso, Briony supo que Rory estaba muerto.

La barrera protectora alrededor del castillo había caído. Estaba muerto.

Pero su alma no se había partido en dos.

Briony observó a la luna apartarse del sol, poniendo fin al eclipse tan rápido como empezó.

«Qué extraño», pensó ensimismada.

—No... —susurró Cordelia.

Briony miró a la derecha y vio a su amiga con los dedos pálidos, casi traslúcidos, contra los labios. El viento le sopló el pelo cobrizo a Cordelia sobre los ojos, como si pretendiera protegerla de esa visión. Al otro lado de Cordelia, Anna dio un paso adelante hacia el borde del balcón como si estuviera en trance, con la boca abierta. El sol se reflejaba en la insignia de la rosa morada de su armadura.

Briony volvió a mirar la nube de polvo y ceniza que subía cada vez más para tapar el baile entre la luna y el sol. Vio el reflejo por la izquierda, en el agua del lago.

La última dragona batió sus extensas alas y se apartó de la carnicería humana en el campo de batalla, de vuelta al norte.

—Quedaos aquí —dijo Anna, corriendo hacia las escaleras del balcón. Pero cambió de opinión y se dio la vuelta—. No... deberíais entrar. Buscad un lugar seguro y esperad.

Briony se quedó mirándola. Cordelia se ahogó con un sollozo.

Anna miró hacia atrás, y Briony percibió la mente de su guardia rotando con planes y estrategias. Se suponía que Anna debía quedarse a su lado; la acogió siendo un bebé y le prometió a su padre que daría su vida por Briony.

Antes de pensarlo demasiado, Anna se apresuró escaleras abajo.

Briony le dio la espalda a la nube de polvo, preguntándose si en su interior habría partes de su hermano. Su hermano, el que supuestamente iba a acabar con esta guerra. Su hermano, el presagiado.

Entonces ahogó un grito, como si la idea de la profecía fracasada fuera la bofetada que necesitaba.

Rory ya no estaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas y cogió aire, temblorosa. Se imaginó cómo debió de ser el frente. Miles de soldados siendo conscientes de que la esperanza que habían albergado durante tanto tiempo, su dos veces heredero, no era más que un hombre corriente, después de todo.

Movió los hombros para quitarse la capa. No la ayudaría a correr. Tampoco las zapatillas, ni el vestido de seda, pero no tenía tiempo para cambiarse.

Había puesto un pie en las escaleras cuando Cordelia la agarró por la muñeca y tiró de ella.

—¿Dónde vas? —El pánico le pellizcó la voz—. ¡Tenemos que escondernos!

Briony colocó la mano en la muñeca de su amiga.

—Si nos escondemos, seremos las únicas que queden con vida —dijo categóricamente.

Cordelia abrió sus ojos azules. En cuanto aflojó la mano, Briony se dio la vuelta y corrió escaleras abajo, con los ligeros pasos de su amiga detrás de ella.



Seis horas antes

Briony se sentó en el escritorio de su dormitorio con la mirada fija en el vapor que ondeaba de la taza de café como unas llamas danzantes. Torciendo distraída los dedos, se imaginó su sauce favorito a orillas del lago y observó mientras el vapor cumplía sus órdenes, elevándose para formar un tronco y cayendo en cientos de esbeltas ramas que besaban el agua.

A veces era más fácil manipular algo sin importancia cuando no daba con el hechizo que necesitaba para arreglar el mundo. El vapor de la taza podía dibujar una imagen bonita, aunque la imagen al otro lado de los muros del castillo no lo fuera tanto.

Agarró el hilo de magia con los ojos. El vapor traslúcido del té caliente se expandió para mostrar el lago junto a él, y su mente aportó la silueta de un niño de cuerpo pequeño sentado a los pies del árbol. Acababa de conjurar un libro en las manos del chico cuando se abrió la puerta de su dormitorio. Briony se sobresaltó, el sauce desapareció y el vapor volvió a ondear con normalidad.

Se giró como si la acabaran de pillar haciendo algo que no debía, y vio a Rory junto a la puerta abierta.

—¿Ya es la hora? —preguntó ella mirando el reloj.

—No, solo vengo a... verte.

Briony puso una mueca.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—No te despidas.

—Vale, no lo haré.

—Mejor.

Rory torció la boca. Al ser mellizos, compartían la misma boca curvada, los mismos ojos marrones, el mismo color de pelo castaño. Él tenía la nariz más ancha, como la de padre, y el pelo de ella era ondulado, como el de su madre, pero las diferencias en la apariencia de ambos eran muy sutiles.

Rory enganchó los pulgares en los pantalones hechos a medida que había confeccionado para la batalla.

—Pero, te lo advierto, Didion quiere despedirse. Seguramente quiera hacer algo más que despedirse.

Briony gruñó y miró al techo.

—Esto es culpa tuya —dijo—. Si no le hubieras pedido a Cordelia que se casara contigo, a Didion jamás se le habrían metido estas ideas en la cabeza.

Rory se sentó en la cama.

—En realidad, yo creo que la idea se le ocurrió cuando empezaste a pasear con él pasada la medianoche...

Ella ahogó un grito.

—¿Quién te ha contado eso? Fue hace un año, ¡y lo único que hacíamos era pasear!

Rory niveló la mirada con la de su hermana.

—¿Y no había otra hora más adecuada?

Briony se mordió el labio.

—Bueno, vale, igual hacíamos algo más...

Rory se cubrió las orejas.

—Para.

—¡Pero te juro que mi virtud sigue intacta!

Él se dio la vuelta y apretó mucho los ojos.

—No digas más, te lo ruego.

Con una risa fácil, Briony se sentó en el otro lado de la cama.

—¿Alguien más quiere despedirse? ¿Algún otro pretendiente que deba conocer? —Se colocó la falda veraniega sobre las piernas.

Rory sonrió, pero, inmediatamente, la curva de su boca cayó como cera en una vela.

—No lo sé. Dímelo tú —dijo tranquilo.

A ella se le entrecortó la respiración en el pecho.

—¿Qué insinúas?

Él la miró a los ojos, buscando una respuesta.

—Si no es Didion, ¿quién es el merecedor de tu atención?

—Nadie. —Su voz sonó aguda y apresurada—. Es... estamos en guerra, Rory, por si no te habías dado cuenta. ¿Quién va a tener tiempo para eso?

—Bueno, algunos encontramos el tiempo con bastante facilidad. Pero, en fin, después de hoy, es posible que las cosas cambien.

Se incorporó y ella le observó los dedos, que jugaban con el largo cordón de cuero que normalmente se ponía debajo de las camisas; el colgante de plata en el extremo era de su madre.

Rory siempre era muy humilde cada vez que salía el tema de la posible victoria. Como si no fuera el profetizado vencedor. Como si él mismo no terminara de creérselo.

—Sí. Puede que hoy cambie todo. —Se estiró sobre la cama y le agarró la mano—. ¿Quieres que lo repasemos una vez más?

Él la miró y asintió. Entre ellos siempre iba a ser así.

El primer día de escuela, cuando padre le pidió que cuidara a Rory, ella no entendió por qué iba a tener que cuidar de su hermano de dieciséis años. ¿No debía de ser él quien cuidara de ella?

—Puede que le cuesten asignaturas en las que tú brillas —le había dicho padre—. Estaría bien que los hijos de los bomardi no vieran que el futuro rey de Evermore es más torpe que su hermana.

Briony no lo comprendió hasta que les dieron los resultados de los primeros exámenes y su padre empezó a pedirle que intercambiara tareas enteras con Rory. Las horas y horas de trabajo de los siguientes cinco años se las regalaba a menudo a su hermano, y ella tenía que conformarse con lo que pudiera recoger de las sobras.

Nunca perdonó a su padre por eso, ni siquiera cuando murió.

Briony respiró hondo y dobló los dedos hacia la palma para invocar un pequeño frasco de agua en la mano. Se lo enseñó a Rory.

—Es agua del lago. Es la misma que hay en los pozos del castillo y de la escuela eversun. —Briony tragó saliva al pensar en las miles de familias eversun que se estaban refugiendo en la escuela al otro lado del lago hasta que terminara la guerra—. Cuando lances la protección, viértetela en las manos y ponte la última gota en la lengua. El lago, el castillo Claremore y la escuela se unirán bajo un mismo escudo conectado contigo.

Rory lo cogió y asintió.

—Al general Meers no le gusta este plan, por cierto.

—No lo entiende. No es un Rosewood —dijo Briony.

El linaje de los Rosewood contenía mucha magia protectora: escudos, barreras y custodias. Era uno de los motivos

principales por los que estaban predestinados a gobernar, según el padre de Briony y Rory. Él, su abuelo y todos los hombres que vinieron antes eran celebrados regentes de tiempos de paz. Rory era el primer Rosewood que veía una guerra en más de quinientos años.

—El general valora la magia ofensiva. Es su trabajo —continuó Briony—, pero el tuyo, como rey y como Rosewood, es proteger a nuestro pueblo.

—Lo que quede de él —dijo Rory con un agotamiento evidente en la voz.

Durante los últimos cuatro años de guerra, los habían vencido cada vez más al sur, perdiendo territorio y perdiendo vidas. Pero Bomard, en realidad, no quería tierras. Ni a los prisioneros que se llevaban por el camino; aunque siempre era un plus para los bomardi sedientos de poder. Era Rory. Era el final de la profecía del dos veces heredero.

Briony colocó la mano sobre la de su hermano.

—Acabará pronto. Hoy es el día.

—¿Y si no lo es? —preguntó Rory con palabras apresuradas y ojos suplicantes.

—Sí que lo es. —La voz de Briony sonó más fuerte de lo que ella se sentía. Sonrió con calma—. El eclipse. Todo el mundo sabe que es hoy. «Cuando el sol brille en la noche, el que pondrá fin a la guerra...».

Rory apartó la mano.

—No me recites la profecía. No son más que tonterías de hace seiscientos años.

Se puso de pie y se acercó a la ventana sobre el escritorio. Briony lo observó inclinarse sobre el alféizar, como un niño deseoso de salir a jugar. Pasó los dedos por el edredón pensando en la vieja profecía que había atormentado a Rory durante años.

«Cuando el sol brille en la noche, él, que pondrá fin a la

guerra en esta tierra, resultará victorioso. Será dos veces heredero, y un justo soberano del continente».

La profecía tenía más de medio milenio. Cuando no se cumplió con la guerra civil de Moreland que dividió el continente en Evermore y Bomard, muchos la olvidaron. Pero hace cuatro años, ante el estallido del nuevo conflicto, todos empezaron a preguntarse si Rory era el profetizado.

Briony miró los papeles y la correspondencia sobre el escritorio: las cartas que había recibido de los países al otro lado del mar declarando que no podían enviar ayuda, pero que aceptarían a los Rosewood y su corte amablemente en un retiro; la página de *El Diario* con actualizaciones diarias del reino, el discurso de la victoria que le había escrito a Rory y los mapas con todas las ubicaciones de todos los refugios de Eversun.

Briony carraspeó.

—Tienes que matarla —dijo con delicadeza—. Tiene que acabar. Del todo.

Briony ni siquiera había pronunciado el nombre de Mallow y, aun así, se le instaló una brisa fría en el interior del pecho.

Rory apretó los labios.

—Lo sé.

—Tendrás que usar Infartio si no funciona nada más...

—Ya lo sé, Briony —dijo alterado. Sorbió la nariz—. Perdona. Lo... lo haré. He estado practicando con el general Meers...

No dijo nada más. Briony no quería saber qué animales pequeños y pájaros habían estado desapareciendo de Claremore.

Infartio estaba prohibido en Evermore. De toda la magia del corazón, Infartio, aplastar el corazón dentro del pecho, era lo que más secuelas dejaba en un mago. La primera vez

que acababas con una vida te desgarraba el corazón, y cada muerte que llegara después lo troceaba cada vez más. Rory tuvo que aprender esta magia tan compleja desde cero, ya que la magia del corazón solo la usaban los bomardi. Al igual que la magia de la mente solo la usaban los eversun.

Era esta división entre los dos países lo que había aprovechado Veronika Mallow. Bomard se había radicalizado bajo su gobierno y creían que la magia de la mente de los eversun era el control mental, en lugar de lo que era realmente: una fuente diferente de la que sacar la magia. También había diferencias entre las disciplinas: había ciertos hechizos que un mago del corazón jamás podría dominar, y viceversa, pero la auténtica diferencia era la fuente de poder. La magia que se obtenía de la mente no agotaba al cuerpo, mientras que la magia del corazón conllevaba un gasto físico considerable. Los magos del corazón siempre necesitaban depender de animales familiares para mantener la fuerza después de un uso prolongado de la magia.

O algo peor.

Bajo la influencia de Mallow, algunos bomardi habían ido un paso más allá. ¿Por qué usar un animal cuando podías usar a otra persona? El corazón de otro mago podía proporcionarte mucho más poder que el de un animal y, al crear un vínculo, un vínculo latiente, te asegurarías que no fuera tu corazón el que terminaba agotado.

Se oyó un chirrido al otro lado de la ventana y, en el silencio tenso, los dos observaron al familiar de Mallow batir las alas contra el cielo. La última dragona en el mundo conocido, la criatura cuyo nombre se había perdido en el tiempo, había comenzado a volar en círculos al amanecer.

Había veces que Briony entendía que los bomardi siguieran a Mallow. Puede que ella también hubiera volcado su fe en la hechicera capaz de entablar un vínculo con la última

dragona. Por no hablar del poder incalculable que recibía Mallow gracias a ese vínculo: la fuerza de la magia y el acceso a unas habilidades que un mago del corazón jamás adquiriría de un animal más común, o ni siquiera de un latiente. Unida a la dragona, puede que Mallow viviera dos vidas, como el último hechicero que se vinculó a esa criatura. Lord Dragón, como se referían a él los libros de historia, había vivido más de ciento cincuenta años. Y una larga vida no era lo único que Mallow conseguía al vincularse con la dragona. Todo el mundo sabía que con la magia del animal Mallow podía leer la mente, una característica únicamente conocida hasta ahora entre los magos de la mente más experimentados.

Observaron a la dragona volar hasta que desapareció de nuevo más allá del océano.

Briony volvió en sí cuando Rory se apartó de la ventana. La miró con la misma expresión de cuando eran más jóvenes, como si necesitara la respuesta a una pregunta de su tutora.

—¿Crees que la profecía habla de mí? ¿De verdad? Sé sincera, Briony.

Briony se mantuvo muy quieta y respondió sin un ápice de duda en la voz.

—Sí.

Rory buscó algún signo de titubeo, pero ella no mostró ninguno.

Llamaron a la puerta y Briony se sobresaltó.

Rory suspiró.

—Será Didion.

Ella frunció los labios.

Rory se rio.

—¡No seas cruel con él! —le dijo—. A lo mejor se muere hoy.

—No digas eso.

—¡Es verdad! —Rory fue corriendo a la puerta y la abrió—. ¿A que es verdad, Did?

Didion, con su hechura lánguida y larguirucha, se quedó tímido en el quicio de la puerta.

—¿El qué es verdad? —preguntó, mirando a Briony y a Rory debajo del oscuro pelo despeinado.

—Que a lo mejor te mueres hoy —dijo Rory impasible.

—Ah. Sí. Muy triste.

Briony puso los ojos en blanco y se levantó del colchón de plumas.

—Me alegro de que ambos tengáis una buena disposición.

Didion sonrió y carraspeó.

Rory dio una palmada.

—Tengo que ir a buscar a Cordelia. ¿Os puedo dejar sin supervisión?

Briony abrió la boca para protestar, pero Rory ya estaba casi en la puerta.

—Nos hemos quedado solos muchas veces —dijo Didion con una risa.

Rory se agarró al marco de la puerta y se balanceó de nuevo dentro de la habitación.

—Morirás hoy seguro como sigas diciendo esas cosas.

Briony se quejó y un rubor rosáceo cubrió la tez aceitunada de Didion.

—¡Como si tú no fueras a estar sin supervisión ahora mismo! —gritó ella.

Briony cogió un cojín de la cama y se lo lanzó a su hermano a la cabeza. Con un movimiento de muñeca, él desgarró el cojín en el aire. Las plumas volaron por todas partes, y Rory se marchó corriendo, desapareciendo entre la nube de pelusa.

Con un gruñido, Briony movió las manos hacia su pecho, recogiendo las plumas y llevándolas, flotando, hasta el cubo de la basura.

Una vez que el dormitorio estuvo limpio, se quedó a solas con Didion por primera vez en un año. Él miró la habitación, observando el escritorio y los cuadros que colgaban en las paredes.

—¿Estás cómoda aquí? —preguntó levantando las cejas.

—Me gusta. Echo de menos Biltmore Palace, pero ¿qué se le va a hacer? —Se encogió de hombros y se sintió muy incómoda de pronto—. Qué se le va a hacer... —Como si hubieran perdido el palacio de la costa lanzando una moneda en lugar de en un asedio.

Él miró la taza de té junto a los libros. La misma taza de té en la que ella había estado manipulando el vapor para formar el recuerdo de un chico diferente hace tan solo diez minutos. Él pasó el dedo índice sobre el líquido y volvió a calentarla. El vapor serpenteó hacia arriba y él le dio la taza.

—Toma —dijo con una sonrisa tímida.

Briony intentó no estremecerse al coger la taza de té, y él se sentó a su lado en el colchón.

—Hace mucho que no estamos solos de verdad —dijo Didion.

Briony asintió. Había sido idea suya. Cuando el estrés de las reuniones tácticas y la tensión dentro del castillo fueron demasiado, ella y Didion daban largos paseos nocturnos por los muelles cercanos a Biltmore Palace, escapando de los ojos fisgones y de los oídos inquisidores. Él la escuchaba mientras le confesaba sus frustraciones por las estrategias del general Meers, y pronto los paseos terminaron con besos delicados, como los que habían compartido en la escuela. Y luego los besos dieron paso a meter las manos por debajo de la ropa.

Didion era dulce y paciente. Parecía que pasaba horas buscando el lugar correcto entre sus muslos y, cuando lo encontraba, lo perdía rápidamente, pero Briony simplemente sonreía cuando él le preguntaba si le había gustado. A lo mejor debería haber más... disfrute. Briony esperaba que así fuera, al menos. Quizá con una cama de por medio las cosas serían más sencillas, pero se negaba a meter a Didion en su cama. Como la hermana del rey, ya le había permitido a Didion demasiadas libertades que solo debería tener un marido.

Fue idea suya pausar las cosas entre ellos después del retiro en Biltmore Palace, aunque Didion fuera una opción cómoda. Segura. Amable. A su padre le habría encantado que se casara con Didion Winchester. Y a su hermano también. Briony se preguntaba a menudo por qué a ella no le encajaba la opción cómoda, segura y amable.

—Quería pedirte un favor —dijo él mirándose fijamente las manos.

Dando un sorbo para robar tiempo, Briony lo vio hacer círculos nerviosos con los pulgares.

—¿Sí?

—¿Me dejarías que llevara tu broche hoy en la batalla? Se llevó las manos al broche de plata.

—Es de mi madre —se apresuró a decir, ignorando el uso del presente—. Nunca me lo he quitado. No puedo separarme de él, lo siento.

—No, claro, tie-tiene sentido —tartamudeó él—. Si el broche no... ¿el mechón de pelo?

—Es... también de mi madre —dijo incómoda. Todos los retratos de su madre se parecían cada vez más a Briony conforme se acercaba a los veinticinco años, casualmente la edad a la que ella murió en el parto de Briony y Rory—. No... —Briony carraspeó—. ¿Es necesario? ¿No te puedo desear buena suerte y ya? ¿A ti y a mi hermano?

Él asintió ligeramente sonrojado.

—No pasa nada. Solo había pensado... En fin, si supiera que hay alguien esperándome en casa...

—¿En casa? —Ella se rio—. Pero si no vas a estar ni a un kilómetro...

—Estoy intentando declararme formalmente, pero me lo estás poniendo muy difícil. —Se pasó una mano por el pelo oscuro.

—No tienes que declararme nada —dijo ella con firmeza—. Hasta que todo esto acabe, no sabremos si vamos a tener que resultar útiles de otra forma.

Él la miró desafiante.

—¿Te refieres a un compromiso para un tratado de paz? Rory no te haría algo así.

—¡No le quedará otra opción! Lleva cuatro años pensando únicamente en estrategias de batalla, pero después del día de hoy, tendrá que empezar a pensar como el rey de Evermore. —Soltó la taza de té y recordó al chico en el vapor—. Ha habido muchos matrimonios entre Bomard y Evermore para prolongar el tratado.

—No hace falta que te emociones tanto —masculló Diodion.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Qué?

Él suspiró y se levantó de la cama.

—Briony, por favor, simplemente dime que te alegrarás si sobrevivo hoy. Es lo único que te pido.

—¡Claro que me alegraré si sobrevives hoy...!

—Fantástico. Gracias —dijo él. Y antes de que a ella le diera tiempo a decir nada más, se marchó y cerró la puerta con un ligero clic.

Ella gruñó y se dejó caer en la cama. No estaba siendo evasiva a propósito. Aparte de dos primas, ella era la única

mujer Rosewood que quedaba a la que podían ofrecer como sacrificio humano en un matrimonio político. Probablemente, Rory no se imaginaba algo así, pero el matrimonio político ayudaría mucho a restaurar la confianza que a día de hoy no existía. Había muchas familias en la línea de sucesión de los bomardi que no estaban sedientas de sangre y venganza. Un matrimonio entre ella y un joven bomardi no tenía por qué ser una tortura.

Había algunos con los que había ido a la escuela que menospreciaban a los eversun, pero sin ser abiertamente despreciables. Finn Raquin, de piel oscura y ojos aún más oscuros, era mitad eversun; el de sus padres fue uno de esos matrimonios por conveniencia. El patriarca de los Raquin era el decimocuarto en la línea hacia la posición de poder más alta en Bomard: el Sillón. Finn era un sinvergüenza, pero no era malo.

Por otro lado, el mal tenía la cara de Canning Trow. Con los ojos separados y piel pálida, Canning era horroroso, y tenía el alma igual de sombría. Todo el mundo sabía que había que apartarse de él en los pasillos oscuros de la escuela. El único motivo por el que se movía como si fuera el dueño del lugar era porque lo era. Su madre ostentaba la tercera posición en la línea hacia el Sillón, y la familia de su padre era la propietaria de la montaña en la que se había erigido la escuela bomardi.

Había varios chicos que solo eran crueles cuando les convenía, como Lorne Vult y Liam Quill, aunque se rumoreaba que Liam Quill estaba más interesado en Lorne y en Finn que en expandir su linaje familiar, pese a que su padre era el sexto.

Y luego había otra persona mucho más difícil de descifrar. Frío como el hielo la mayoría de los días, solo se derretía en los momentos más extraños. Con unas manos fuertes y los ojos opacos, una boca malvada y mucha labia. Quien le

inspiraba tanto miedo e incertidumbre en el pecho como deseo.

Briony apartó esos pensamientos. No servía de nada obcecarse con esas cosas.

Miró la taza de té. Se había vuelto a enfriar. El vapor había desaparecido en un suspiro.

Unas horas más tarde, Briony estaba en el jardín del castillo, viendo cómo su hermano se despedía de su mejor amiga. Cordelia envolvió a Rory con los brazos de una forma mucho más cariñosa de lo que se consideraba apropiado, pero no había demasiada gente a la que le preocupara la decencia en estos días tan oscuros.

—Qué asco —dijo una voz a su izquierda.

Briony sonrió a su prima Finola. Se estaba poniendo unos guantes y tenía el ceño fruncido mientras observaba las muestras de cariño de Rory y Cordelia.

Briony se rio.

—Algún día tú harás lo mismo.

—No si puedo evitarlo —dijo Finola guiñándole un ojo. Se colocó el pelo rubio miel sobre el hombro—. Nos vemos cuando todo esto acabe, ¿vale?

Briony asintió. Finola corrió hacia un rincón del jardín, el único lugar del castillo desde el que se podía abrir un portal. Briony se quedó con las ganas de preguntarle a Finola adónde iba, pero no le daban acceso a esa información, para su decepción.

A su derecha, el general Billium Meers hablaba tranquilamente con Anna Wevin, la guardia personal de Briony. Anna era, de hecho, la única mujer, además de Finola, por la que Briony había visto que el general Meers tenía algún tipo de respeto. Por Briony desde luego que no, cuando acostum-

braba a aparecer en las reuniones de estrategia que siempre parecían terminar en discusiones. El general priorizaba la agresión en sus ataques, hasta el punto de asumir riesgos innecesarios, y Briony siempre se apresuraba en recordarle a Rory la defensa, los escudos y la protección de su pueblo. En algún momento de los últimos dos años, el general Meers había convencido a Rory de que, por precaución y eficiencia, las reuniones para estrategias militares solo deberían contar con asesores esenciales, y Briony no pudo acudir más. Ahora Rory la ponía al día en privado. Podría haberla nombrado asesora, pero no lo había hecho, y ella no iba a proponérselo.

Anna saludó al general y se colocó a unos pasos detrás de Briony, como había hecho toda su vida. El general Meers asintió con cortesía a Briony, y ella le devolvió el gesto con una mirada furiosa.

El hijo del general, sin embargo, no podía ser más diferente a su padre.

Sammy Meers, con el pelo castaño rojizo, piel rosada y alegres ojos azules, se detuvo delante de Briony. Barrió el suelo con una reverencia profunda y le agarró la mano antes de que a ella le diera tiempo a apartarla.

—Señorita Briony Rosewood —dijo en voz alta—, pese haberme ofrecido vuestros favores, me temo que no puedo aceptarlos.

Briony apartó rápidamente la mano.

—¡Para ya! —chistó ruborizada cuando vio a Didion poner los ojos en blanco ante el dramatismo de Sammy.

—Sé que ansías una pedida a mi vuelta —continuó Sammy, gritando para que lo escucharan por todo el jardín—, pero mi corazón ya tiene dueña.

Sammy miró con ojos enamorados por encima del hombro de Briony a Anna, que era su jefa veinte años más mayor, y agachó profundamente la cabeza.

—Por favor, apártate de la princesa —dijo Anna fríamente.

—Me encanta este tonto —contestó Sammy, batiendo rápidamente los párpados. Le guiñó un ojo a Briony y se marchó para reunirse con las tropas fuera del castillo. Cogió la bandera de Eversun con la rosa morada, la insignia de su familia, destacada sobre un fondo blanco.

Briony miró por el jardín las caras tranquilas y las conversaciones relajadas. Había un zumbido en el ambiente, la sensación de que este era el día profetizado, y que los cuatro largos años de guerra tras la muerte de su padre, el rey Jacques, acabarían muy pronto. El gobierno de Rory se extendería a ambos reinos cuando demostrara ser el heredero que mencionaba la profecía.

Briony intentó sentir la misma calma, intentó relajarse de la misma forma. La luna se acercaba cada vez más al sol, como dictaba la profecía. El grito de un dragón atravesó el cielo. Y todo el mundo siguió charlando y abrazándose y brindando por última vez.

Cuando llegó la hora de la marcha de las tropas, Rory se acercó a ella para darle un abrazo.

—No —dijo—. No hace falta.

Él dejó caer los brazos y la miró frunciendo el ceño.

—Briony.

—Te veré en unas cuantas horas —dijo con firmeza—. Todo lo demás que nos digamos es innecesario.

Él apoyó la frente contra la de ella.

—Hasta ahora, Biney.

—Te tendré preparado un festín, Ro.

Él se estremeció al escuchar el mote de su infancia, y se giró hacia su caballo, listo para guiar a sus hombres fuera del jardín.

Didion la miró una vez antes de seguirlo.

Anna se puso junto a Briony.

—No le vas a regalar a Didion ni unas migajas, ¿verdad?

Cordelia se rio.

Briony resopló.

—Como he dicho, no hace falta —dijo cruzándose de brazos—. Volverán a casa esta noche.

Las puertas del castillo se cerraron detrás de los soldados y Briony se dio la vuelta para guiar a Anna y a Cordelia hasta el balcón, a observar y esperar.

El mundo se quedó a oscuras durante unos instantes cuando algo bloqueó el sol. Briony se giró para ver si el eclipse había comenzado.

Una dragona negra batió las alas sobre el castillo, incapaz de tocarlo gracias al hechizo protector de Rory.

La criatura chilló y a Briony le caló hasta los huesos.



A Briony le iba a estallar el corazón fuera del pecho. Bajaba por las escaleras del balcón, demasiado rápido como para pensar en si el silencio era importante. La densa respiración de Cordelia iba tres pasos detrás de ella cuando llegaron a la galería abierta de la cuarta planta.

Pasó rápidamente por un arco y se paró en el siguiente, mirando hacia el lago. La nube de polvo y huesos había empezado a alejarse inclinada, y la luna se había apartado del sol con un beso. No había ni rastro de la dragona en el horizonte. Miró hacia abajo, al jardín, y se le heló la sangre en las venas.

Un río de abrigos azul oscuro entraba por las puertas y se dispersaba en afluentes.

Los hombres de Mallow habían entrado.

Cordelia ahogó un grito. Algunos de los bomardi se estaban enfrentando con el escaso número de guardias y sirvientes que se habían quedado en el castillo, pero otros iban directamente adentro, como si la orden fuera simplemente agarrar la bandera.

A treinta metros de altura, Briony vio que un hombre con un abrigo azul cortaba el aire con los dedos, y una doncella

se llevó las manos al cuello, esparciendo su sangre mientras caía al suelo.

Briony se preguntó si era Sofía, su doncella privada.

Tenía un muro en la cabeza. Mientras Cordelia se ahogaba en sollozos a su lado, Briony sintió una barricada entre los ojos y el cerebro que aún no le permitía llorar. Quizá había una presa en su garganta que se negaba a permitir que el cuerpo y el cerebro interactuaran.

Observó que el mismo hombre se acercaba a un lacayo, y Briony se inclinó sobre el alféizar, estirando el brazo hacia la estatua de Vindecci, el padre de la magia de la mente, sobre la torre más alta. Sacudió el brazo, permitiendo que la magia siguiera su orden, y observó cómo se inclinaba de su puesto el venerado filósofo. Mientras caía, dio una palmada fuerte. La estatua de mármol explotó. Guio un trozo enorme hacia el hombre justo cuando él intentó degollar al lacayo. La roca le golpeó en el hombro. Gritó de dolor inclinándose hacia atrás la cabeza.

Briony lo reconoció. Reighven. Uno de los soldados más violentos de Mallow, que tenía un interés personal en Briony desde el día que empezó la guerra en la escuela bomardi. Su cara la aterrorizaba muchas de las noches en que la ansiedad la mantenía en vela.

El resto de los trozos de piedra cayeron a su alrededor, algunos golpeando a otros abrigos azules. Los hombres se detuvieron o bien en pleno ataque hacia el personal del castillo, o bien en la corriente constante hacia el interior. Y luego cincuenta pares de ojos miraron hacia arriba.

Briony tiró de Cordelia hacia atrás un segundo demasiado tarde.

Sabían dónde encontrarlas.

Agarró a Cordelia de la mano y salió corriendo. Tenían que salir de esta planta y de esta ala del palacio.

Las enredó en un laberinto de aposentos de sirvientes y pasadizos de los que tenía recuerdos difusos. Subieron a mitad de unas escaleras, cruzaron lo que sabía que eran las cocinas de abajo y volvieron a entrar corriendo por el pasillo junto al lago. Había unas escaleras estrechas escondidas en algún sitio, para que los sirvientes se movieran rápido entre las plantas. Necesitaba recordar detrás de qué pared estaban. Pasaron rápidamente por muchos lugares por los que ella y Rory habían galopado como caballos y se habían enseñado magia que era para los niños más mayores. La presa de su garganta se mantenía con fuerza ante los recuerdos de su hermano.

¿Dónde estaba su cuerpo?

¿Por qué no se había cumplido la profecía?

¿Por qué le permitió creerse invencible?

Se escuchó un golpe delante de ellas, detrás de la puerta hacia la que estaban corriendo. El sonido de la piedra explotando y la madera resquebrajándose. Briony y Cordelia derriparon hasta detenerse. Algo en su cabeza se había saltado un paso. Iban en esa dirección. Era la única dirección que conocía.

Y entonces Cordelia arrastró a Briony. Siguió los pasos de su amiga hacia atrás, se asomaron a una alcoba y se metieron en un armario de sábanas y toallas.

Respiraban demasiado fuerte.

Era lo único en lo que podía pensar Briony mientras se abrían las puertas a las escaleras y los primeros hombres que habían entrado en el castillo recorrían el pasillo a toda velocidad.

Agarró el hilo de magia de su mente y tiró, obligando a su corazón a relajarse. Cogió a Cordelia por la muñeca y le frotó el pulgar sobre la vena, ralentizando también su pulso.

Respiraban en silencio y ahora lo único que escuchaba eran los golpes de las botas contra la piedra.

—Ve a por Gains y comprobad todas las habitaciones. Rodeadlos.

Briony tragó saliva al escuchar esa voz. Ese chasquido rugoso pertenecía a Caspar Quill. Y entonces se dio cuenta de algo terrible.

Los hombres bomardi que estaban en el castillo de su padre...

Los hombres que habían visto morir a su hermano...

Los hombres a la caza de los eversun...

Eran los hombres a los que se había pasado la vida haciendo reverencias, a los que había recibido en los asuntos de Estado, los que le dieron la mano a su padre semanas antes de que Mallow se hiciera con el Sillón y acabara con él.

Seguramente los conocía a todos.

Liam Quill y Larissa Gains, dos bomardi con los que había ido a la escuela durante cinco años. Eran sus padres los que estaban al otro lado de las puertas cerradas del armario.

Y se preguntó si ellos alguna vez se habían imaginado a sus hijos escondiéndose así del padre de Briony.

Escuchó los dos pares de pasos alejarse por el pasillo. A la derecha, intuía el sonido de una habitación que estaban destrozando. Pensó que podía ser la sala de estar del servicio...

Entonces un grito le desgarró los oídos.

—¡No! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡No soy más que una doncella!

Cordelia ahogó un grito y Briony le apretó la muñeca para mantenerle el pulso relajado y la respiración tranquila.

La chica chilló y se escuchó un estruendo.

—Duerm... ¡Duermen arriba! ¡En la quinta planta! —gritó.

Briony se mordió el labio. Era mentira. Todas las cámaras principales estaban en la tercera planta.

—Quizá no busquemos sus dormitorios —dijo una voz grave que goteaba una intención maligna. Era Gains—. ¿Crees que nos da tiempo a desviarnos un poco?

Su compañero dijo:

—¿Qué sentido tiene saquear un sitio si no podemos saquear nada?

La doncella chilló. Se escuchó un cuerpo golpear contra la pared. Tela desgarrada.

Y Briony salió del armario antes de que Cordelia pudiera mirarla con ojos suplicantes.

La puerta del armario chocó con la pared de piedra cuando salió corriendo. Derrapó hacia el pasillo y se dio la vuelta para mirar dentro de la habitación.

La adrenalina le agitó todo el cuerpo. La respiración le golpeaba el pecho al ver cómo lanzaban a una joven sobre un sofá y a dos hombres de pie sobre ella.

Briony agarró con su magia la puerta del armario del que Cordelia estaba saliendo. Se lanzó con todo el cuerpo y tiró. La puerta se arrancó de las bisagras con un crujido y voló hacia ella. La madera se resquebrajó y Briony levantó las manos para elevar las dos piezas. Las empujó con magia y la madera salió disparada a la sala de estar.

Se escucharon dos quejidos de dolor cuando las estacas de la madera perforaron los muslos de los dos hombres.

Cordelia retorció las muñecas para hacer flotar dos piezas más. Los hombres abrieron mucho los ojos al ver cómo empujaba, lanzándoles la madera esta vez contra el pecho.

Gains batió los brazos y desvió los fragmentos, pero a su compañero le golpeó en el hombro. Antes de que Gains pudiera contratacar, la doncella se levantó del sofá balanceando sobre su cabeza un candelabro de la mesita de noche. Gains se tambaleó y Cordelia levantó el último trozo de la puerta rota, dirigiéndola esta vez hacia el vientre.

El sonido de los órganos perforados atormentaría a Briony en sus sueños.

La doncella salió de la habitación tirando de Briony y Cordelia.

—¡Tenemos un pasadizo! ¡Tenéis que huir! —Tenía un acento denso de vocales de otra tierra.

—¡Lo estaba buscando! —dijo Briony, mirando hacia atrás para asegurarse de que los hombres habían caído. Gains estaba vivo, retorciéndose de dolor, pero al menos eso lo ralentizaría. El otro... no estaba segura.

Siguieron a la chica a través de una pared de piedra que desaparecía al presionarla, y de pronto Briony tropezó en unas escaleras húmedas. Cordelia iluminó el camino con un chasquido de dedos: una bola de luz que arrojaba sombras sobre la parte de atrás de la cabeza de cabello rubio fresa de la doncella.

Entonces Briony se acordó de ella, un puñado de recuerdos que llegaban con cada escalón de piedra. Solo llevaba unos meses aquí, era de Shurtarth. Ella y su hermano. Su hermano se ofreció voluntario ayer para alistarse en el ejército de Rory, el único shurtariano no mágico dispuesto a algo así.

Volvió a centrarse cuando las escaleras empezaron a girar. La doncella se detuvo en la puerta de abajo.

—Estamos en la tercera planta. Hay otro pasadizo que llega a la segunda...

—Detrás del retrato de mi madre. Ya me acuerdo —dijo Briony—. Tenemos que darnos prisa.

La doncella asintió y Briony desvaneció la puerta de piedra con un movimiento de muñeca. Miró hacia los dos lados y salió.

No había nadie en el salón grande, pero habían prendido fuego a la bandera de Evermore. La tela caía al suelo ardien-

do en jirones, la rosa de su familia hecha cenizas. La doncella las llevó rápidamente hacia la galería de retratos y, en poco tiempo, Briony estaba separando el retrato de su madre: los ojos oscuros y la mandíbula fuerte que Briony no había heredado. Sujetó el marco del cuadro como una puerta abierta y la doncella entró primero, seguida de Cordelia.

Briony se giró para cerrar el cuadro detrás de ellas, atenta a los pasos de las otras mujeres que bajaban las escaleras...
¡Bum!

La explosión agitó cada piedra bajo sus pies. Briony se protegió entre las dos paredes del pasadizo mientras Cordelia se daba la vuelta, una docena de escalones más abajo, con los ojos muy blancos contra la oscuridad.

Y entonces el techo cedió, borrando a Cordelia de la vista de Briony.



Briony salió del pasadizo antes de que las rocas la aplastaran. Tenía el corazón acelerado mientras se dejaba caer al suelo. Una nube de polvo y escombros se extendía detrás de ella y pensó en Rory. En que él había estado dentro de una nube gris muy parecida.

¿Estaba Cordelia dentro de esta?

Se tambaleó hacia delante, usando la magia para levantar y apartar las piedras.

—¡Cordelia! —la llamó, y se le llenaron los pulmones de polvo.

A su espalda escuchaba los cuadros caerse de las paredes, todo agitado aún por la explosión. El castillo sin la protección mágica de Rory ya no era resistente. Se caía a trozos a su alrededor a medida que se perdía la magia de las rocas.

No escuchó ninguna respuesta desde el otro lado de los escombros, y justo cuando estaba a punto de agudizar el oído hacia una zona, oyó el sonido pesado de unas botas corriendo.

Estaba en el suelo de la galería de retratos, a plena vista, sin ninguna salida visible.

Briony se puso de pie de un salto y salió corriendo. Pasó

por el comedor y escuchó que una mujer gritaba en el pasillo. Se dirigió a la gran escalinata porque no sabía a qué otra parte ir.

Dobló la esquina y se detuvo de golpe. El cuerpo de Anna estaba en diagonal en el suelo, en lo alto de las escaleras, con los ojos abiertos pero vacíos. Briony se tragó el dolor y pasó por su lado con cuidado para seguir bajando.

Otra explosión sacudió las paredes y se tambaleó, apenas capaz de mantener el equilibrio mientras el suelo temblaba. Cuando se estabilizó, volvió a mirar el cuerpo de Anna.

¿Qué hacía Anna por estas escaleras? Debería haber bajado por el otro lado del castillo.

Por aquí no había nada, solo los dormitorios.

Y como si la golpeara un rayo en la cabeza, Briony recordó los papeles sobre su escritorio. Las cartas secretas de los países que los acogerían. La lista de refugios seguros por todo el continente donde se reunían los espías del general.

Al final de la escalera había cuatro abrigo azules subiendo. Todavía no la habían visto. Continuó corriendo por el pasillo de la derecha.

Corría todo lo rápido que podía con el único objetivo de llegar a esos papeles. No había otra salida en esta dirección. Tendría que comprobar el muro de fuera para ver si podía bajar escalando por la pared.

Entró a trompicones en su antecámara y llegó a su habitación, golpeando con magia las puertas para cerrarlas. Se frotó las manos y los papeles sobre el escritorio empezaron a arder.

Se abrió una puerta de golpe en la habitación de al lado. Lo escuchaba todo a través de las paredes de piedra caliza.

Briony se quedó inmóvil el tiempo suficiente para tomar una decisión: no podía salir por el mismo sitio por el que había llegado.

Se apresuró hacia la ventana y miró hacia abajo. Había

cinco hombres de Mallow patrullando. Podría derribarlos antes de bajar por la pared. Solo tenía que ser lista.

Miró su habitación en busca de un sitio en el que esconderse por ahora. En el baño había pocas opciones. El baúl a los pies de su cama sería lo más obvio. Fue corriendo al armario, consciente de que era una estupidez, pero al menos le daría tiempo para usar la magia.

Un hechizo para camuflarse era peligrosamente difícil, pero había conseguido dominarlo durante los últimos cuatro años, mientras su hermano se fue a combatir. Hacía falta magia de la mente y mucha concentración para engañar al ojo de otra persona.

Entró en el armario y apartó su ropa. Cerró las puertas y cerró los ojos, imaginándose el hilo de magia detrás de su frente. Estiró los dedos, invocando e imaginándose invisible, fundiéndose con los colores del armario. Una mirada rápida al interior del armario no mostraría nada, siempre que fuera capaz de mantener la concentración.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y chocó con la pared de piedra. Por la rendija entre las puertas del armario, Briony observó entrar apresuradamente a un hombre y detenerse de golpe.

Se le encogió el corazón y un grito ahogado le separó los labios.

Y el hechizo de camuflaje se desvaneció.

El hombre parecía más alto. Las extremidades pálidas y largas se notaban compactas y musculadas debajo de la camisa negra y el chaleco hecho a medida, pero la cintura seguía ajustada en los pantalones de esa forma tan frustrante que atrajo su mirada durante tantos años.

Ella lo observó girar en círculos, fijando la mirada en todos los rincones de su dormitorio: en todos los rincones de ella misma que jamás pensó que él vería.

Y mientras él buscaba, ella volvió a concentrarse en el hechizo de camuflaje, agarrándose fuerte a ese hilo entre sus ojos hasta que su forma física se disipó.

Por la rendija de las puertas observó cómo se acercaba al escritorio donde los papeles seguían convirtiéndose en cenizas. Sin perder tiempo mirándolos, salió corriendo hacia el baño. Volvió rápido y abrió la tapa del baúl a los pies de la cama.

Ella sintió un ligero escalofrío de satisfacción. Efectivamente, esos eran los dos lugares más evidentes.

Pero entonces se acercó al armario. Ella se concentró aún más en el hechizo y aguantó la respiración.

Él abrió las puertas y Briony se encontró cara a cara con Toven Hearst.

Los ojos que hacía años se había dado cuenta de que no eran del todo grises, sino que tenían trazas de azul, la miraron fijamente.

Debería invocar otro hechizo para calmar el corazón y suavizar la respiración. Seguramente él pudiera escucharlo.

Le cayó un mechón de pelo por la frente, tan fino y pálido que el gris era casi plateado.

La última vez que vio a este hombre, la estuvo persiguiendo por el bosque y matando a todo aquel que se encontrara por el camino.

Ella se estremeció al tenerlo tan cerca. Se dijo a sí misma que era miedo.

Él dio un paso adelante y miró hacia los lados.

La base del armario la hacía más alta, así que estaba casi a su nivel y, si metía un poco más la cabeza, sus labios se rozarían.

Cuando se apartó, había algo en su mirada, como si intentara recordar. Volvió a mirar el armario y estiró el brazo.

Briony tembló. Este era el fin.

Y entonces los dedos de Toven acariciaron un vestido verde a la izquierda de Briony. Uno que hacía muchos años que no se ponía.

—Toven.

Los dos se sobresaltaron.

Toven se dio la vuelta y casi le roza el cuerpo con la mano.

Finn Raquin, su mejor amigo, estaba en el quicio de la puerta.

—Debemos irnos —dijo Finn. El pecho le subía y le bajaba muy rápido—. Mallow sabe que estás aquí.

Toven se apartó del armario y se acercó al escritorio de Briony para mirar por la ventana.

—Toven —repitió Finn. Se pasó una mano por la cara—. No hagas esto.

Ella observó cómo Toven pasaba los dedos pálidos por algo que había sobre el escritorio. La taza de té de esta mañana.

—Todavía no se ha terminado —dijo Toven. Tenía una voz de barítono grave que siempre le provocaba un temblor en el vientre cada vez que hablaba—. Aún tenemos tiempo.

Salió de la habitación y Finn suspiró, caminando detrás de él.

Briony apenas era capaz de pensar. Escuchó los pasos que los alejaban. Levantó el hechizo de camuflaje y respiró hondo para calmarse.

La menta y las especias le golpearon la nariz.

Salió del armario y corrió a la puerta de su dormitorio para asomar la cabeza. Finn estaba desapareciendo por el final del pasillo, pisándole los talones a Toven.

«Aún tenemos tiempo». ¿Para qué? Era evidente que estaba buscando algo. Pensó en el baúl a los pies de su cama y en el armario. Buscando a alguien.

Fue como si la sumergieran en un baño de agua fría.

La estaba buscando a ella.

Toven Hearst estaba cazándola de nuevo. Como los demás.

Siempre supuso que para él valía menos que el polvo, como todo Evermore, pero albergaba la esperanza de que hoy él no estuviera en el frente.

¿Había visto morir a su hermano? ¿Se habría regodeado si la hubiera cogido?

Briony respiró hondo y giró la cabeza hacia el otro lado del palacio.

Y se encontró con un pecho.

Ahogó un grito y una mano la agarró por el cuello. Tuvo un segundo para reconocer la sonrisa victoriosa de Gains antes de que lanzara un hechizo. Se le cerraron los ojos y todo se quedó oscuro.